

El 8 de octubre de 1967, el «Che» Guevara caía en una emboscada del Ejército boliviano en el valle del Churo. Era el fin del foco guerrillero de Bolivia y de la aventura revolucionaria de Ernesto Guevara de la Serna, cuyo nombre iba a convertirse en todo el mundo en símbolo de la lucha armada. Compañero de Fidel Castro, el «Che» había dicho el día mismo de su entrada en La Habana: «Para mí, el combate continúa en otra parte». En 1965 desaparece: durante dos años no se sabrá dónde milita, qué prepara, si sigue vivo.

Régis Debray sí lo sabía. Fascinado por la experiencia castrista, este catedrático de Filosofía de veinticuatro años, que está en ese momento ocupado en escribir su «¿Revolución en la revolución?», se dirige a Bolivia para colaborar en los preparativos de la guerrilla del «Che». Al regresar del campamento central de Nancahuazu, en abril de 1967, Debray es detenido junto con dos de sus camaradas: condenado a treinta años de cárcel, será, sin embargo, liberado antes de que termine su cuarto año de detención. Régis Debray acaba de publicar en Francia (Ed. du Seuil) dos libros, «La crítica de las armas», balance de las guerras revolucionarias en Latinoamérica, y «La guerrilla del «Che»» (del que publicamos a continuación un capítulo que nos ha cedido Siglo XXI, editorial que tiene los derechos para el castellano). Régis Debray es en estos momentos demandante contra Raymond Cartier, de «Paris-Match», que le atribuyó la frase de que Allende no podría instaurar el socialismo «sin haber matado antes a doscientos mil chilenos». Raymond Cartier se ha visto obligado a rectificar. Régis Debray cuenta la experiencia boliviana del «Che», en la que él participó personalmente, y analiza las razones de su fracaso.

**U** NA tarde de marzo, de 1967 en el campamento bautizado El Oso, surgió una discusión entre un camarada boliviano recién llegado y un camarada cubano sobre el papel de las guerrillas en la situación política del país, y, en el seno de la guerrilla, sobre el papel de los cubanos. El «Che», que acababa de regresar de una larguísima y agotadora exploración de la zona comprendida entre El Campamento Central y el Río Grande, reunió a los dos pelotones del centro y la retaguardia, y tomó la palabra. Dirigiéndose a los camaradas bolivianos, comenzó explicando el sentido que tenía la participación cubana y la suya propia en las guerrillas bolivianas, y dirigiéndose al mundo aclaró el sentido que tenía la intervención de las guerrillas en la sociedad boliviana. Una y otra eran de idéntica naturaleza. El «Che» explicó que él y sus compañeros no habían ido allí a hacer la guerra en nombre del pueblo boliviano, sino para ayudarlo a desencadenar su guerra de liberación. En este sentido, los bolivianos incorporados desde aquel momento a las guerrillas, debían tener siempre



## EL ÚLTIMO COMBATE DEL CHE

presente que, una vez acabado el período de formación y entrenamiento, la carga principal y la responsabilidad de la dirección, en lo relativo a su país, recaerán inevitablemente sobre sus propias espaldas. «Nuestra función —dijo, para mejor ilustrar su pensamiento— no es siquiera la de detonador. El detonador sois vosotros. Nosotros no somos ni siquiera eso. Somos la mecha, la minúscula capa de fulminante de mercurio que, dentro de un detonador, recubre el explosivo, que sólo sirve para activar, para reforzar la ignición. Es todo».

¿Qué ocurrió en Nancahuazu? Saltó la chispa. El detonador voló en pedazos. Pero la explosión general no tuvo lugar inmediatamente, sino algún tiempo después. Fue como una bomba de efecto retardado, y las formidables ondas de choque que se fueron expendiendo con el paso de los años sacudieron a la sociedad boliviana en todas sus capas y, tras rebasar sus fronteras, terminaron afectando a toda América. Pero en el momento y en el lugar mismo de la ignición, es decir, en el momento y en el lugar tácticamente decisivos, el fuego no llegó a prender. ¿Por qué?

Antes de tratar de contestar a esa pregunta, hay que intentar ex-

plicar cuál era la visión estratégica del «Che».

Los auténticos planes del «Che» nunca fueron consignados por escrito, por lo menos que nosotros sepamos, y mucho menos hechos públicos. En ningún momento, en Nancahuazu, llegó el «Che» a formularlos ante la tropa de guerrilleros. Aquellos planes eran omnipotentes y, al mismo tiempo, se sobreentendían: adivinados por la mayoría, entrevistados por algunos otros, conocidos por muy pocos. Sólo a su luz podían explicarse, podían cobrar un sentido total los primeros pasos de la guerrilla, las conversaciones con el Partido Comunista Boliviano (PCB), la negativa a aceptar la pretensión de ese partido de asumir la dirección política de las guerrillas, e incluso la elección final de la zona de implantación en el Sudeste boliviano no se comprende más que bajo ese enfoque.

### A imagen y semejanza del pasado cubano

En realidad, la estrategia del «Che» no tenía Bolivia como objetivo. Ni siquiera como objetivo primordial. El sabía que en ese país la vía más corta para «llegar al

poder» no pasa por el campo, ni tiene, en cualquier caso, como punto de partida una zona rural semi-desierta, aunque sólo sea porque el campesinado no constituye —y mucho menos a partir de la reforma agraria— la fuerza motriz de la revolución boliviana.

De acuerdo. ¿Y después? ¿De qué valía el argumento si la apuesta del establecimiento de un foco guerrillero en la región de Nancahuazu no estaba de ningún modo centrado en la ciudad de La Paz? Al decidirse por un teatro de operaciones tan alejado geográficamente de los centros del poder político, el «Che» daba a entender que había elegido un campo histórico distinto. Distanciándose de ese modo —y en todos los sentidos de la palabra— de las luchas políticas bolivianas y del terreno en que esas luchas se vienen decidiendo tradicionalmente —la insurrección urbana ligada al complot militar—, el «Che» desplazaba la línea de un horizonte limitado a una apuesta que consideraba como provinciana: si Latinoamérica es la «patria grande» sufriente, las «patrias chicas» que la componen no son más que provincias.

El objetivo de Nancahuazu no fue en ningún momento, ni a corto ni a largo plazo, la toma del poder en La Paz. Mejor aún: el «Che» veía como una auténtica catástrofe el que, debido a una serie de circunstancias, un desenlace prematuramente victorioso hiciera abortar su proyecto histórico, que sólo podía dar fruto a largo plazo y aplazando lo más posible sus efectos. Si hubiese llegado a establecerse en Bolivia un régimen popular, él habría tenido que ocuparse del mismo directa o indirectamente, y ese hecho habría representado —si se me permite la expresión— una dura cadena para él. En las circunstancias internacionales de entonces (sin el Perú de Velasco Alvarado, sin el Chile de Allende), eran de prever un cerco completo y un bloqueo económico. Ahora bien, una economía socializada reducida a la autarquía en las condiciones mediterráneas de Bolivia, sin salida al mar, sin altos hornos para su mineral, sin un mercado garantizado para su petróleo, sin harina de trigo nacional para la fabricación de su pan, era de difícil viabilidad a ojos del «Che». En aquella fase del combate, las responsabilidades del Estado no le interesaban, pues habría impedido la maduración del plan fundamental, y desviado hacia un callejón sin salida, engañosamente seductor, la Larga Marcha, que era la única que podía conducir al auténtico objetivo: la lenta gestación de una vanguardia político-militar latinoamericana, o, más exactamente, el establecimiento de un plantel de vanguardias nacionales destinadas, mediante desplazamientos sucesivos, a irradiar hacia los países vecinos

del continente. La empresa exigía tiempo, paciencia, y entre los participantes, un cierto espíritu de abstinencia, exento de apetitos políticos inmediatos. No habría sido prudente aproximarse a las ciudades o proponerse como objetivo táctico la entrada en los centros urbanos, pues esa vanguardia, que tenía la forma y el contenido de una columna guerrillera, es decir, de una fuerza móvil estratégica, no podía crecer y consolidarse más que evolucionando en las zonas rurales. En una primera fase, Bolivia no debía, no podía ser, pues, el lugar de implantación y de crecimiento del núcleo central, que, a fuerza de desarrollarse, llegaría un día a multiplicarse por división natural.

Consciente o inconscientemente, el «Che» —que en cierta ocasión había evocado el día en que «los Andes llegarían a transformarse en la Sierra Maestra de América»— se representaba el futuro un poco a imagen y semejanza del pasado, de su pasado cubano. Su proyecto transponía al escalón continental —sin constituir, empero, una repetición mecánica de la misma—, la experiencia de la columna madre de la Sierra Maestra, dando origen, a medida que se desarrollaba, a nuevas columnas que crecerían a su vez y abrirían otros frentes en toda la extensión del territorio.

### Como Bolívar en Angostura

Del mismo modo en que cuando la columna de Fidel hubo alcanzado sus efectivos máximos con relación a los recursos de la zona y a sus propias necesidades de movilidad se desgajó de ella la columna de Raúl, a principios de 1957, para abrir «el Segundo Frente» en el Norte de la provincia de Oriente, y de esa nueva columna se separaron posteriormente la de Almeida, en la periferia de Santiago, en marzo de 1957, y más tarde aún, en agosto de 1958, las dos columnas del «Che» y de Camilo, que se encaminaron hacia Las Villas, del mismo modo debían desprenderse de la columna de Nanchahuazu, cuando ésta hubiera alcanzado su punto de congestión, una pequeña columna hacia «el Segundo Frente boliviano del Chapare», al Norte de Cochabamba, y, más tarde, una segunda, que debía encargarse de abrir «el Tercer-Frente de Alto Beni», al Norte de La Paz (los responsables de ambas columnas habían sido ya designados, aunque sus nombres no habían sido hechos públicos). El conjunto de esos tres frentes articulados constituiría entonces el foco central boliviano. De allí, en una segunda fase, partirían diversas columnas hacia los países vecinos: una, que se dirigiría hacia Perú, tendría como núcleo a los camaradas peruanos presentes en la columna madre, y se uniría a una base guerrillera ya implantada en el de-



Arriba: foto divulgada por el Ejército boliviano y en cuyo extremo izquierdo aparece el «Che». En el centro, disparando su cámara, una guerrillera argentina llamada «Tanla». Abajo: otras de las fotos que circularon tras el paso a la clandestinidad del «Che» y que muestran al guerrillero en plena selva boliviana.

partamento de Ayacucho, al Suroeste del Perú. En dirección hacia Argentina se desplazaría otra columna latinoamericana, compuesta por una mayoría de argentinos, más importante, sin duda, que la precedente, y que el «Che» debía, llegado el momento, comandar personalmente. Porque no debemos olvidar que después de Cuba era la Argentina la «patria chica» preferida del «Che», el sueño latente de toda su vida, y tal vez el auténtico objetivo secreto de todas sus acciones, marchas y contramarchas.

Después le tocaría el turno a otros países. El foco boliviano funcionaría entonces como un centro de entrenamiento militar y de coordinación política de las diversas organizaciones revolucionarias nacionales de Latinoamérica. Los elementos más avanzados de cada país serían sustraídos a su base de origen y se incorporarían provisionalmente al foco boliviano comandado por el «Che» para volver luego a sus bases respectivas en calidad de cuadros político-militares ya formados. Así se multiplicaría, por reproducción natural, la guerrilla nacional en diversos puntos del continente. El panorama ideal hacia el cual tendía la acción del «Che», y que puede servirnos de esquema intermediario entre la realidad de entonces y el proyecto dinámico en curso de realización, podría representarse así: una red internacional, homogénea y flexible a la vez, que cubriese las diversas partes de la nación latinoamericana, red compuesta por organizaciones nacionales político-militares dotadas de una estructura común: la de un ejército guerrillero, de idénticas siglas: ELN (Ejército de Liberación Nacional); de una doctrina de guerra única: la del «Che»; de un Estado Mayor políticamente coherente formado en torno suyo, y de una visión política global. La columna mandada por el «Che» habría sido la columna vertebral de toda esa red.

Proyecto grandioso, cuya realización iba a exigir años e incluso decenios, y que el «Che» debía ser el encargado de inaugurar y de poner en marcha. Ese proyecto podría considerarse como prematuro; sin embargo, tenía suficientes bases históricas y políticas como para no ser juzgado como irrealista. Aquel proyecto tomaba prestado al pasado de la Primera Independencia una determinada fuerza mítica de movilización, al mismo tiempo que una innegable autenticidad histórica: Bolívar, en Angostura, no había procedido de otro modo. Los ejércitos de la Primera Independencia eran también columnas internacionales, en su mayoría latinoamericanas, tronco común de las que partían como otras tantas ramas los ejércitos liberadores.

Pero el «Che» se basaba sobre todo en una situación en vías de conformación. Esa red, en efecto,

# EL ULTIMO COMBATE DEL CHE

no iba a constituirse únicamente a partir de su centro boliviano, sino simultáneamente, por sectores; las fuerzas del «Che» se limitarían en muchos casos a establecer la conexión —si no física, por lo menos política— con fuerzas y frentes guerrilleros ya implantados en su periferia, bien para reforzarlos, bien para coordinarlos: ahí estribaba la diferencia entre la quimera y la visión política. Ya existían obreros, materiales y útiles de trabajo: sólo había que cimentar todos esos fragmentos dispersos, reunirlos y dotar a la empresa en curso de un objetivo común, una dirección única, una coherencia arquitectónica. En este sentido, el «Che» era menos el arquitecto de una obra nueva a construir enteramente que el jefe de empresa que se encarga de continuar la construcción de un edificio, muchas de cuyas partes están ya en pie aquí y allá.

En Guatemala, Turcios había muerto a comienzos de octubre de 1966, pero las FAR seguían contando, hacia finales de año, con trescientos hombres armados en los departamentos de Izabal y de Zacapa. Cuando el «Che» llegó a Bolivia, Arana Osorio no había decidido aún su ofensiva militar contra la guerrilla guatemalteca. En Venezuela, en las montañas de Yaracuy y del Falcón, una importante columna guerrillera podía parecer legítimamente plena de futuro. En Colombia, en Santander, estaba el foco del ELN, dirigido por Fabio Vázquez, así como otras fuerzas guerrilleras en un estado de semi-disponibilidad. En el Perú, el ELN estaba en vías de reorganización. En Argentina, el «Che» seguía confiando en los restos del EGP y en su antigua infraestructura, y también en todos los embriones de la izquierda revolucionaria, entonces en plena fermentación: allí, el proyecto guerrillero del «Che» engendró, directa o indirectamente, a las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) y al PCR (Partido Comunista Revolucionario), nacido este último de una escisión dentro del sector joven del PC argentino. El contacto con Brasil se canalizaba a través de determinadas fuerzas «nacionalistas revolucionarias», compuestas sobre todo de ex soldados, sargentos y marineros reagrupados bajo un dirigente popular del Sur brasileño.

## La influencia conjunta de Fidel y el «Che»

Así, la empresa del «Che» se instalaba en el gozne mismo del pasado y el porvenir. Al surgir en la cresta de una onda histórica, dicha empresa marcaba, al mismo tiempo que su apogeo, el examen minucioso de la práctica de una determinada concepción de la lucha armada desarrollada y definida al comienzo de los años sesenta en sus obras escritas, aplicada en diversos puntos del territorio latinoamericano a instancias y bajo

la influencia conjunta de Fidel y del propio «Che».

Vayamos más lejos. Parece como si Fidel y el «Che» hubiesen comprendido intuitivamente que si no alcanzaran ese nivel superior de elaboración, si no fuesen reanudadas y coordinadas entre sí, esas luchas en curso debían, inevitablemente, estancarse, refluir, seguir un proceso de involución y, finalmente, disgregarse, bloqueadas y asfixiadas en y por sus límites propios, nacionales, incluso regionales, partidistas y aun sectarios.

O bien la síntesis se llevaría a cabo mediante la superación de esos límites, o bien todas esas luchas aisladas se desharían solas. O bien las guerrillas de ese período iban, por fin, a coagularse en un proyecto político coherente, a escala continental, o bien estaban condenadas a disgregarse inútilmente, a debilitarse de modo irreversible, a morir cada una en su rincón por hemorragia interna.

Si alguna vez hubo en la Historia contemporánea de Sudamérica un proyecto que mereciese el calificativo de «crucial», fue, sin duda, el que encarnó el «Che» en aquellas jornadas vacilantes, indecisas, brumosas del invierno austral de 1967. Nunca en la Latinoamérica actual habrá dependido hasta tal punto la suerte de tantos hombres de un número tan limitado de individuos. Todos los revolucionarios del continente —tanto los que habían tomado las armas como los que trataban de actuar dentro de la legalidad, tanto los que estaban en el poder y encargados de las responsabilidades de Estado en Cuba

como los que luchaban por el poder en los demás países— se veían clandestinamente convocados, sin su conocimiento, a aquella selva deshabitada para escuchar la sentencia que decidiría qué lugar les sería asignado, a unos y a otros, en la Historia latinoamericana contemporánea. O a qué alternativa política se verían empujados en la escena nacional e internacional. Ninguno de ellos sospechaba entonces nada, naturalmente. La decisión se llevó a cabo en su ausencia. Pero, ¿llegaron acaso a comprender después a cuánto se habían expuesto?

Cuando a primeras horas de la tarde del 23 de marzo de 1967, Coco Peredo llegó sin aliento al campamento de los guerrilleros para anunciar que una columna militar acababa de caer en una emboscada que le habían tendido en Nancahuazu, el «Che» dejó caer el libro que estaba leyendo tendido en su hamaca, se puso en pie y lanzó, radiante, un grito de guerra y de júbilo. Para festejar inmediatamente aquel acontecimiento, el «Che» encendió incluso uno de los puros que conservaba en el fondo de su mochila para las grandes ocasiones. Sin embargo, la insurrección arborescente que debía, según su proyecto, extender sus ramas a través de todo un continente, no era más que un vástago repicado, un injerto incierto. Y no se puede repicar cualquier planta en cualquier época del año y en el terreno que sea. Ahora bien, los preparativos de la guerrilla del «Che» habían estado sometidos a las condiciones caóticas, azarosas e inseguras del traba-

jo clandestino, desarrollado a su vez en un medio tan voluble como el boliviano, de forma que no recibió precisamente en su fase preliminar atenciones propias de responsable de vivero. De hecho, si es cierto que las condiciones de lugar y de tiempo del desencadenamiento de la lucha armada resultaron cruelmente desfavorables para su porvenir, también lo es que la elección de tales condiciones escapó en gran medida a la voluntad y al control de la dirección guerrillera, a la voluntad y al control del «Che» Guevara.

## Unos cuantos monos y un oso pardo

Como zona guerrillera, la región de Nancahuazu presentaba una topografía realmente idónea. Si la sobrevolamos a gran altura, o si examinamos un mapa de la zona a escala de 1:1.000.000, observamos un relieve montañoso, entrecortado de gargantas profundas, tapizado de verde por un bosque hasta donde alcanza la vista. La proximidad (o la apariencia geográfica de proximidad) de la frontera argentina constituía, es cierto, un poderoso atractivo para el «Che» —ventaja que no ofrecían las otras zonas en que se había pensado—. En abstracto y a vuelo de pájaro, aquella zona constituía, pues, un posible teatro de operaciones. Pero no es el relieve o las coordenadas geográficas lo que hace la Historia, sino las masas, y los hombres viven a ras de suelo, en condiciones socio-económicas definidas, que determinan, a su vez, sus relaciones

El «Che», con un grupo de compañeros de guerrilla en la selva boliviana.



con el medio natural: distribución demográfica, tipos de cultura y forma de propiedad de tierra, relaciones de producción, diferencias de clases, estado de las comunicaciones, grado de cohesión cultural y política, dependencia jerárquica con relación a las autoridades tradicionales (Ejército, Iglesia, administración civil, partidos dominantes). No es, evidentemente, la topografía la que decide, a fin de cuentas, si una zona ofrece o no condiciones favorables para esa forma superior de la lucha de clases que es la lucha armada, sino la presencia, atestiguada o no, de contradicciones sociales suficientemente antagónicas.

De todos modos, al igual que había ocurrido con las condiciones socio-económicas concretas de la zona, tampoco sus condiciones naturales habían podido ser estudiadas convenientemente. En la selva, la fauna escaseaba: de ahí que hubiese poca caza, pocas proteínas para los guerrilleros, pocas posibilidades de acumular reservas de carne seca. ¿No habían diezmado los cazadores de las aldeas vecinas o los propios cazadores la caza disponible? El hecho es que la misión cotidiana de caza, encomendada por turnos a todos los guerrilleros del campamento central, resultó de lo más decepcionante. Aparte de unos pocos y pequeños monos cazados en febrero, de un oso pardo, a mediados de marzo (antes de que el «Che» regresara de la exploración al Norte, colocada bajo el signo de la carencia proteica, a pesar de una decena de aves de aspecto héptico y de algunos cogollos de palmera, trabajosamente arrancados del ár-

bol durante las marchas) y de unas cuantas gacelas, botín de El Nato, el mejor cazador del grupo, el panorama no era demasiado alentador: las famosas antas, por ejemplo, los tapires, no llegaron a aparecer. Por ello, la guerrilla agotó rápidamente sus reservas alimenticias, acumuladas a lo largo de los meses anteriores, y se vio obligada a salir de sus posiciones para ir a buscar víveres entre los campesinos, comisiones bautizadas con el nombre de *góndolas*, que ponían en continuo peligro su seguridad y que, a fuerza de repetirse, terminaban agotando a los combatientes, pues el transporte de víveres se hacía a hombros de los propios guerrilleros, a lo largo del Nancahuazu, terreno accidentado y donde eran fáciles las emboscadas. La vegetación, espesa y a menudo inextricable, con pocos senderos o caminos naturales, lo que hacía el avance penoso y lento debido a la necesidad constante de abrirse camino con machete: vegetación curiosamente desprovista de árboles frutales. El clima, frío y lluvioso en invierno. Los cursos de agua, difíciles de atravesar en época de crecidas, y recordamos que muchos guerrilleros bolivianos no sabían nadar, de forma que las dos primeras pérdidas que sufrió la guerrilla fueron por ahogamiento (Benjamín y Víctor), durante la travesía del Río Grande.

En comparación, la Sierra Maestra cubana parece un jardín botánico. Es compacta y de dimensiones limitadas —imposible de andar perdido durante más de una jornada sin tropezar con una casa—, des-

provista de caza, pero también de animales peligrosos o nocivos; rica en árboles frutales —mangos, naranjos, pomelos, etc.—, sin obstáculos naturales insuperables, abundante en bestias de carga y dotada de un clima saludable y ventilado, gracias a la proximidad del mar. La diferencia existente entre el carácter benigno de las condiciones naturales de la Sierra Maestra, donde el «Che» había luchado diez años antes, y el totalmente adverso de Nancahuazu, no pasaría de ser un pequeño detalle sin importancia si no hubiese tenido como corolario el siguiente hecho: la Sierra Maestra es una región montañosa habitada, social y económicamente activa, mientras que Nancahuazu, hasta el Río Grande, es una región casi desértica, social y económicamente pasiva en su parte rural. Hasta tal punto, que en muchas zonas, la selva era auténticamente virgen, estaba totalmente inexplorada. Por ello, todos los mapas disponibles de la región aparecían repletos de blancos, de aproximaciones o errores de localización, o bien indicaban puntos habitados que de hecho no existían, lo cual hacía más difícil aún la planificación de las misiones, los desplazamientos de la columna o

las reuniones. Por todo ello, la mayor parte del tiempo se dedicaba a la exploración del terreno.

## Tratados como sospechosos

Para desarrollar una «línea de masas» es preciso tener un conocimiento aproximado de las condiciones de vida de las masas, de sus contradicciones de clase, de las relaciones entre productores y comerciantes de las ciudades, de las tradiciones políticas locales, de los hábitos y costumbres, etcétera. Naturalmente, hubiese sido mejor no haberse visto obligados a investigar esos datos desde fuera, mediante métodos más o menos superficiales, librescos o abstractos, sino haberse mezclado con las masas, haber vivido directamente sus condiciones de vida. Semejante tarea exige la presencia de guerrilleros originarios de la región, o ligados a la misma mediante vínculos ancestrales, pues ellos solos pueden aportar todos los conocimientos elementales del medio, por así decir, congénitos, innatos, sin los cuales cualquier persona, en una región aislada y retrasada, se verá fatalmente tratado como extraño, y por lo tanto, como sospechoso. Aquel no era, sin embargo, el caso, y solamente un camarada boliviano hablaba algunas palabras de guaraní —la lengua más común entre los peones indios de las haciendas en esa región que linda con Paraguay—. Algunos camaradas bolivianos practicaban o aprendían quechua, y algunos otros, aymará, pero esas lenguas, indispensables en otras zonas, no servían de nada en aquella región. Bien fuese adquirida o instintiva, producto del trabajo con sociólogos o del contacto con *compadres*, únicamente ese conocimiento íntimo de los datos *específicos y locales* de la explotación de clase habría permitido descubrir las reivindicaciones latentes, inmediatas y concretas de las capas menos favorecidas —incluidas las reivindicaciones «regionalistas» que interesan a la totalidad de la población y que desempeñan en Bolivia un papel preponderante (exenciones fiscales, importe de los *royalties* del petróleo reinvertidos «in situ», construcción de carreteras, créditos municipales, elección de las autoridades locales, etcétera). Sin un programa mínimo de este tipo, una guerrilla avanza a ciegas, sin posibilidad de insertarse en su seno y con menos oportunidades aún de reclutamiento de nuevos guerrilleros en el teatro donde se desarrollan las operaciones militares.

El «Che» era totalmente consciente de esa necesidad vital. Cuando, a finales de abril, me expuso su futuro plan de operaciones, que consistía en remontarse hacia el Norte, tomar por asalto la localidad de Samaipata, atravesar la carretera Cochamba-Santa Cruz e implantarse en la región cruceña —plan que fue ejecutado tal cual en su prime-

En el centro de esta fotografía aparece el «Che», tercero por la derecha, fumando en pipa durante un descanso.



## EL ULTIMO COMBATE DEL CHE

ra fase, y que lo habría sido en su totalidad si Joaquín no hubiera desaparecido con la retaguardia durante tan largo tiempo—, el «Che» me pidió, entre otras cosas, un estudio lo más rápido posible de las condiciones socio-económicas del campesinado del departamento de Santa Cruz.

### El hombre que los vendió a todos

El «Che» sabía que una economía agro-industrial en expansión (algodón y azúcar), como la de Santa Cruz, desarrollaba inevitablemente un proletariado agrícola y una masa flotante de pequeños propietarios en dificultades, y es a esa región, situada más al Norte, adonde quería trasladarse, ya que la guerrilla estaba segura de poder encontrar allí condiciones de supervivencia y crecimiento incomparablemente más favorables que las que estaban afrontando en aquel momento.

Tal vez resulte superfluo poner de relieve, como acabamos de hacer, que a la guerrilla le faltan los medios y los instrumentos necesarios para abordar a las masas, pues habríamos tenido que empezar por el principio: a saber, por la ausencia física de las «masas». Es decir,

era tal el estado de dispersión del «hábitat», tal la despoblación, que las «masas» prácticamente no existían. En dos semanas de marcha por la selva, en el mes de febrero, la columna del «Che» no se topó más que con una familia, un campesino, y no precisamente con cualquiera: Honorato Rojas, el hombre que condujo al Ejército al Vado del Yeso, y que vendió a toda la retaguardia (después sería ejecutado por el ELN). La extrema diseminación de las explotaciones agrícolas corre pareja con el atraso político de los explotadores. Dispersión física e indiferencia social van ligadas entre sí. En la parte tropical del país, recordémoslo, la «cuestión campesina» no es una «cuestión agraria», en el sentido de que el hambre endémica de tierras que reina en las comunidades indígenas del altiplano no se deja ya sentir en absoluto. Si en las zonas centrales del altiplano y del valle de Cochabamba el problema agrario se plantea en términos tradicionales —demasiados campesinos y un número insuficiente de tierras cultivables, debido al acaparamiento latifundista—, aquí ocurre todo lo contrario: demasiadas tierras cultivables o rozables para un número demasiado reducido de agricultores. Si la

reforma agraria de 1952 ha reducido en Bolivia, por lo menos hasta cierto punto, el potencial revolucionario del campesinado comunitario de cepa indígena, distribuyendo las tierras y generalizando, con la propiedad parcelaria del suelo, el estatuto social del pequeño propietario campesino, ese potencial, en esa región, se encontraba doblemente reducido por la superabundancia de tierras y por el estado embrionario de las relaciones de producción capitalista: a diferencia de lo ocurrido en la región de Santa Cruz, éstas no habían remodelado el campo ni abierto un nuevo ciclo de diferenciación social interna y de antagonismos de clase, derivado de la explotación a gran escala de una mano de obra agrícola concentrada.

En la medida en que aquí se planteaba, la «cuestión campesina» no era, pues, una cuestión de tierras, ni siquiera de propiedad de esas tierras, sino una constelación de reivindicaciones dispersas y localizadas en la esfera de la circulación (precio de venta de los productos, coste de los transportes, abusos de los intermediarios, falta de créditos y de utillaje, etcétera). Si la guerrilla no podía ofrecer perspectivas concretas de mejora

de las condiciones de vida, capaces de excitar la imaginación de los habitantes, por afectar a los puntos sensibles de su existencia social inmediata —como quedó claro por las pocas declaraciones que hizo Inti ante una asistencia diseminada en las escasas aldeas con las que la columna guerrillera se topó en su camino—, ello se debía tanto o más a las condiciones ambientales que a la carencia de un programa político mínimo. Una investigación más minuciosa habría puesto de relieve la peligrosa aridez de las condiciones locales.

Todos esos datos hacían de Nanchuazu una zona de entrenamiento más que de operaciones (aunque esa distinción sea siempre un tanto artificial). Y como tal fue considerada en una primera fase por el comandante guerrillero, como muy bien subraya Inti en su Diario: «Algunos periodistas y observadores críticos de nuestra guerra han pensado que ese campamento era una base de operaciones estable. Se trata de una apreciación errónea. Ramón (el «Che»), en ningún momento pensó en instalarse allí definitivamente. Todo el trabajo realizado en aquel lugar, con excepción de las grutas estratégicas, tenían como objetivo el que los hombres

Foto histórica que muestra a Ernesto Guevara muerto, rodeado de los «rangers» bolivianos que le tendieron la fatal emboscada en el valle del Churo.



estuviesen en constante actividad y no perdiesen sus buenas costumbres».

### Un campamento casi confortable

Ciertamente, el «Che» estaba preocupado por mantener la disciplina y el sentido de la responsabilidad entre sus hombres, al señalarles una tarea colectiva. Como todo revolucionario —y si cabe más aún—, el «Che» era un constructor y un organizador, a quien le repugnaba el desorden. Por ello procedió con metódico cuidado en la edificación de un campamento central, que, a todas luces, ha sido el mejor de todas las colonias guerrilleras de América Latina. Para ello tuvo presente la posibilidad de una guerra de larga duración. En unos meses, y en la medida en que se lo permitió lo agreste del terreno, el «Che» transformó un pobre campamento volante en un verdadero campamento fortificado, espacioso y casi hasta confortable. La minuciosidad de su organización material bastó para demostrar que se trataba, si no de una base de operaciones fijas —según lo calificó con exactitud Inti—, al menos de una base de retaguardia destinada a cumplir muchas funciones a la vez: campo de entrenamiento militar, lugar de reuniones políticas, punto de concentración de fuerzas, arsenal, depósito de víveres y equipamientos, y escuela de cuadros. Porque allí había también una clase al aire libre, y todos los días, puntualmente, de cuatro a seis de la tarde, el «Che» y los camaradas bolivianos más formados: El Rubio (capitán Jesús Suárez Gayo, antiguo viceministro de la Industria del Azúcar en Cuba), Alejandro (comandante Gustavo Machín) y otros, daban cursos de gramática, economía política, historia boliviana... A estos cursos el «Che» añadía una clase de francés, por la noche y a título facultativo. Por su parte, algunos camaradas bolivianos daban a los otros clases de quechua.

Las trincheras avanzadas que dominaban el río Nanchazu y que defendían la entrada al campamento, al horno de pan; el teléfono, que ponía en contacto a la vanguardia con los puestos de observación; la adecuación y el camuflaje de las numerosas grutas de los alrededores, el huerto y el terraplén de regadío para el cultivo de legumbres (se daba por supuesto una espera de meses hasta la recolección), sin olvidar una biblioteca improvisada, aunque respetable... todo esto es prueba suficiente de que se trataba de una instalación si no definitiva, por lo menos no provisional. El «Che» había construido una especie de cuartel general, donde pensaba quedarse todo el tiempo necesario. Al parecer, no preveía un desencadenamiento tan prematuro de las operaciones.

Indiscutiblemente, fue la brusca ofensiva del enemigo la que transformó esta base de entrenamiento y preparativos en un teatro de ope-

raciones. La base zaguera se convirtió en una especie de vanguardia de la guerrilla. Esta conversión se debió a una iniciativa del Ejército, y la dirección guerrillera, que nada sospechaba, se vio sorprendida por la noticia al regreso de una exploración. Cuando se desencadenó el ataque, el «Che» no hizo nada por romper el contacto, sino todo lo contrario; sin embargo, se vio forzado a adoptar una postura defensiva. Aunque luego se esforzó por tomar el control de las operaciones, se le había escapado el mecanismo de puesta en marcha, y el momento en que los guerrilleros se vieron obligados a luchar no era, por muchas razones, bueno. Por un lado, los movimientos de masas en Bolivia se encontraban en el punto más bajo. La represión de la clase obrera entre mayo y septiembre de 1965 había empujado al movimiento obrero a la clandestinidad y había dispersado o suprimido los órganos directivos, y obligado al proletariado a un duro aislamiento político, al alejar de él a sus aliados naturales: universitarios y pequeña burguesía radicalizada. El Ejército se mantenía unido en torno a Barrientos y sin que se pudiera advertir en él ninguna fisura interna. El frente oligárquico civil, reagrupado en torno a los militares, se disputaba sin asperezas, de un modo amable, las migajas del festín burocrático. En una palabra: a escala nacional, el momento de la lucha de clases se caracterizaba por una estabilización muy relativa.

### El comienzo de una larga guerra

Por otra parte, la guerrilla no había tenido tiempo de conseguir una identidad política propia, turbada por la ambigüedad de las relaciones con el partido comunista. Esta ambigüedad aún no se había hecho oficial y pública cuando se produjeron las primeras operaciones, si bien el «Che» sabía ya a qué atenerse: «El PCB boliviano es nuestro enemigo número uno», decía en el mes de abril, sin regocijo alguno por su parte. No obstante, el PCB no tenía ningún interés en hacer pública su ruptura con la guerrilla cuando estalló la noticia de las primeras emboscadas, más aún; pretendía sacar prestigio y autoridad frente a las otras fracciones de la izquierda boliviana.

Esto tal vez explique por qué la red urbana, aún insuficientemente desarrollada e inconsciente, vacilaba en asumir una política independiente, en abrir sus propias ventanas al movimiento de masa. Para sus actividades de propaganda dependía materialmente del partido comunista, al que debía pedir prestado aparatos de ciclostilar, clisés y locales.

El puñado de militantes que formaban el núcleo dirigente de este aparato urbano se seguían considerando a sí mismos como miembros del partido comunista boliviano, y dudaban en arrogarse una independencia como organización distinta.



No sabían siquiera que existía ya una organización de este tipo y que se llamaba ELN (que se creó en la montaña bajo la presión de los acontecimientos, pero sin acta de constitución oficial y fechada). No tenían ni instrucciones, ni programa, ni declaración de principios a su disposición, lo cual les habría podido servir como base de discusiones y negociación con las otras fuerzas políticas. A nivel operativo no se había aún establecido ninguna filial de comunicaciones entre la ciudad y la zona de operaciones: la red urbana carecía prácticamente del dominio de transmisiones por radio, y para un contacto directo carecía asimismo de relevos intermediarios en las ciudades de Santa Cruz y Cochamba, ya que todo el equipo se encontraba concentrado en La Paz, muy lejos de Nanchazu. En resumen, el aparato de apoyo urbano no era por aquel entonces ni una organización militar seria (con sus secretos, sus dirigentes dispuestos para cualquier sustitución, sus cuadros técnicos, su experiencia...), ni una organización política apreciable (dotada de una línea política propia, de mecanismos de consulta interna y de una personalidad pública o mítica, como deben tenerlas todas las organizaciones revolucionarias, especialmente aquellas que actúan en la clandestinidad).

Estas dos características de la situación nacional en este momento concreto (situación del aparato de apoyo interno y la situación general del país) contribuyeron, por lo tanto, a proporcionar al alzamiento guerrillero el carácter de una irrupción inesperada y casi inexplicable de momento de un grupo de insurrectos sin perfil político definido, sin nombre propio capaz de excitar la imaginación de las masas (nombre de persona o nombre de organización), o, en todo caso, de informar a las masas respecto a su origen y al sentido concreto de esta violencia revolucionaria en relación a la situación inmediata en que se encontraban ellas.

Finalmente, una cierta indiferencia ante los acontecimientos urbanos —o la ausencia de éstos— entraba implícitamente en la lógica del proyecto guerrillero, ya que, como hemos visto, el control de la capital, o de las ciudades de provincias importantes, no figuraba entre sus objetivos a corto o medio plazo. El factor tiempo jugaba un papel psicológico no despreciable. Una óptica de guerra popular larga y la confianza que teníamos todos en su capacidad de supervivencia casi indefinida, llevaba a la guerrilla a prestar poca atención a los

detalles contingentes de la coyuntura inmediata. Que el momento elegido por el destino para el comienzo de las operaciones llegase un poco antes o un poco después, no parecía significativo en relación a la larga duración de la guerra que estaba comenzando.

### Lúcido hasta la ironía

Pero el «Che» tenía razones más personales para compartir estas impresiones y hacer suyo este distanciamiento. Acababa de salir de una dura prueba —la de un combate internacional en el corazón de África— que le había dejado amargado, decepcionado y posiblemente frustrado. Estaba impaciente por escuchar otra vez el silbido de las balas: musiquilla de guerra, que, según confesaba, añoraba. El año anterior no había podido realizarse como combatiente en una tierra extranjera, y no se había sentido como hombre en su elemento histórico, cultural y moral.

Ahora, en el corazón mismo de la América Latina, el que verá, por fin, llegar el momento de su vida que venía anhelando desde hacía mucho tiempo, desde el día siguiente al de la entrada del ejército rebelde en La Habana, cuando expresó a Fidel su deseo de proseguir el combate en el continente, a lo cual Fidel dio su asentimiento.

La impaciencia del «Che» aquel día de marzo de 1967 duraba ya casi diez años, diez años de esperanzas acumuladas e incesantemente aplazadas. Al ratificar con júbilo la decisión del azar, el «Che» volvía a encontrar —inconscientemente, sin duda— su propia necesidad íntima. Al declarar abiertamente la guerra sobre ese suelo suyo, quedaba en paz consigo mismo. La alegría que sentía al abrazar el porvenir era la alegría profunda que le proporcionaba el encuentro con su pasado. Abría un nuevo ciclo de luchas históricas como quien cierra el ciclo de su vida. De ahí quizá esta serenidad interior, de la que casi nunca se apartó a lo largo de la última campaña; de ahí este distanciamiento minucioso, aplicado y lúcido hasta la ironía, con que afrontaba los acontecimientos. Sentimiento paradójico e insólito que podría calificarse como un fatalismo activo y que no tiene nada que ver con la desventoladura, la insensibilidad, ni con la resignación ante la suerte o la alucinación del destino. Sentimiento fortalecedor y pacificador al mismo tiempo, en el que se resume una sabiduría antigua que puede encontrarse en los orígenes de la cultura ibérica: una moral que tuvo como adeptos a los más eminentes filósofos de la antigüedad, hombres todos de acción vocados a la reflexión, como Escipión, Séneca, Marco Aurelio y tantos otros: el estoicismo. Tanto en su vida personal como en su reacción frente a los acontecimientos, el «Che» tenía algo de extraño, aunque típicamente estoico. ■ R. D. (Cop. Editions du Seuil-Siglo XXI)